

Trabajadoras rurales chiapanecas y relaciones sociales en la producción: ¿hacia una economía solidaria?

Rural Chiapanecan women and social relations in production: Towards a solidarity economy?

María Teresa Ramos Maza¹

teresarm@prodigy.net.mx

Resumen. El presente artículo es resultado de investigaciones realizadas en poblaciones rurales del estado de Chiapas, México. En el contexto de la dinámica económica del estado sureño, se describen y analizan cambios en las relaciones sociales a través del trabajo de grupos de población femenina. Se discute acerca de la heterogeneidad y diferencias de posición y condición femenina de las productoras y las relaciones sociales que construyen en la producción y comercialización de productos alimenticios. Se muestra como en estas relaciones se originan “paradojas de la pobreza” como es la conversión de productoras independientes en empleadas de otras mujeres dentro de una articulación de lógicas distintas tales como la economía familiar rural en donde aún existen prácticas de cooperación laborales y las lógicas de los diversos mercados del capital. Esta articulación genera al mismo tiempo la competencia en el mercado que se manifiesta en prácticas que dificultan la organización colectiva para el logro de objetivos comunes que hagan posible mayores beneficios en el mercado.

Palabras clave: trabajadoras, relaciones, cooperación, condición femenina.

Abstract. This paper analyses shifts in social relations taking place among groups of working women in Chiapas, México. Heterogeneity and difference is identified here as a peculiar feature that characterises much of the female condition in the context of social interactions in the production and trading of alimentary products in the area. The paper argues that in these sort of relationships there are many recognisable “poverty paradoxes” wherein independent female producers combine in their set of trading practices different and sometimes contradictory forms of commerce. Traditional cooperative forms of labour – rural family based exchange – are sometimes articulated with other dominant logics of the capitalist market. Thus this sort of practices generates peculiar forms of social differentiation and stratification for working women which in the midst of individual rivalry and competition also hinder cooperative forms of collective organization that could represent the achievement of common goals with better profits.

Keywords: working women, relationships, traditional cooperative, female condition.

Introducción

La creciente participación de la población rural en los diversos mercados de América Latina no es un fenómeno nuevo; ha sido tema de múltiples investigaciones empíricas y debates teóricos, clave en la discusión sobre *la*

nueva ruralidad y sobre qué tan nueva es esta (Kay, 2009). Ciertamente, en los escenarios actuales se reproducen elementos que han estado presentes desde la segunda mitad del siglo XX en las discusiones sobre los caminos de la economía campesina en el contexto capitalista: la descampesinización y proletarianización o

¹ Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Calle Bumbilia No. 30 Fracc. La Buena Esperanza C.P. 29243, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México.

la persistencia del campesinado. Concurren procesos que permiten dejar en el análisis las viejas miradas y dicotomías entre lo rural y lo urbano y entre campesinos o proletarios, para dar paso a nuevos enfoques que apoyan la explicación de las complejidades que caracterizan las situaciones de la población rural. De acuerdo con Kay (2009), son varios los nuevos fenómenos sociales que distinguen al campo de nuestras regiones: la llamada *desagrariación* y la creciente dependencia económica de actividades externas a las familias rurales; la migración y las remesas como parte de la reorganización familiar económica y laboral; la flexibilización y feminización del trabajo rural; y las articulaciones cada vez más variadas y continuas entre lo rural y lo urbano.

El proceso de *feminización de la agricultura*, demostrado en diversos estudios (Deere, 2006), revela un aumento de la responsabilidad de las mujeres en la producción campesina y su creciente participación en el mercado laboral de la producción agroexportadora no tradicional. La ventaja que representa el empleo de la mano de obra femenina se relaciona con los valores de género que recrean socialmente una infravaloración del trabajo de las mujeres junto a la realidad de que ellas generalmente deben combinar los quehaceres reproductivos con el trabajo remunerado; se considera también que las trabajadoras tienen menor interés en organizaciones sindicales, lo cual representa siempre una ventaja para los empleadores. Además, esta *feminización* se ha dado en condiciones de escasez de la tierra y la disminución de la rentabilidad de la agricultura campesina (Deere, 2006).

El trabajo remunerado de las mujeres ha tenido resultados paradójicos. Los estudios han mostrado que no ha representado necesariamente una mejora en la calidad de vida ni en las relaciones de género, aunque sí se han dado mayores espacios que propician la independencia económica y una mayor participación en la toma de decisiones familiares. En un estudio sobre el tema se mencionan varias situaciones al respecto: (i) el trabajo se concentra en la economía informal como el empleo doméstico, trabajo a domicilio y la participación en pequeñas empresas familiares, irregulares, de mínima remuneración y sin protección social; (ii) fuertes limitantes de tiempos y espacios que dificultan obtener calidad y aumentar la producción; (iii) serios problemas de salud relacionadas directamente con el trabajo; (iv) restricciones para organizarse en la búsqueda

colectiva de mayores ventajas sociales (Chant y Pedwell, 2008). Estas situaciones se repiten en el campo mexicano que, en las últimas décadas, ha sufrido cambios generados por las políticas neoliberales puestas en marcha en los años ochenta. La heterogeneidad que caracteriza a las familias rurales en los distintos territorios a lo largo del país se ha ampliado de acuerdo con su inserción en los mercados. Algunas empresas agrícolas se han reorientado hacia los mercados internacionales, otros productores han elegido especializarse en productos con una demanda local, o no han tenido más opciones que la diversificación de actividades laborales agrícolas y no agrícolas para subsistir (Rubio, 2009).

Desde el análisis de género y de la ruralidad en nuestro país se ha señalado que la creciente importancia de la incursión femenina en los mercados laborales y los cambios que ha generado la migración rural masculina han provocado dos situaciones consideradas como *la feminización del campo* y también como *la feminización de la jefatura de los hogares* (González, 2014). En México, la población económicamente activa femenina rural ha experimentado, de 1990 al 2010, una disminución en el sector primario, pasando de 21.5% a 16% y, a su vez, un aumento en el sector terciario de 45.6% a 61% en 2010, (González, 2014, p. 28). La ocupación femenina se concentra en el comercio y en servicios diversos. González, en su estudio en tres localidades rurales del país encuentra que las poblaciones locales han conformado varias estrategias ocupacionales familiares que indican el establecimiento de *una nueva economía informal no agrícola* (Appendini, 2007, p. 41).

Los estudios en México presentan resultados variados según los distintos contextos regionales, en cuanto a los cambios en las relaciones de género. Si bien se presentan procesos que abren espacios a las mujeres para una mayor independencia económica y capacidad en la toma de decisiones familiares, la incorporación laboral ha significado una mayor carga de trabajo y, en muchos de los casos, la asunción de toda la responsabilidad social y económica de la familia. La migración ha configurado también nuevos tipos de familia y distintas experiencias sobre la atención y el cuidado de los hijos (Ramos, 2007; González, 2014; González de la Rocha, 2012). Las diferentes regiones rurales de México nos permiten observar las heterogeneidades económicas y sociales, en situaciones que parecen darse en diferentes tiempos históricos y que presentan

cambios de toda índole en la vida cotidiana de la población. Arias (1992, p. 243) nos muestra que el proceso de manufactura industrial de San Francisco del Rincón, Guanajuato, ha producido cambios en la actividad comercial que anteriormente era exclusivamente masculina.

Por el contrario, en el sureste, en particular en el estado de Chiapas, cuya economía se basa aún en forma importante en la producción agropecuaria y en la inversión en el sector de servicios y turismo, en regiones como la Fronteriza y Altos² las mujeres han estado involucradas fuertemente tanto en los mercados de productos agropecuarios, en la manufactura de artesanías y como empleadas en el sector de servicios. Considero que sus formas actuales de participación económica son una combinación de las formas históricas de la experiencia laboral de las mujeres con las dinámicas particulares de los mercados capitalistas en esta región. Ellas no solo se han ido acomodando a los empleos para sustituir a los hombres, respondiendo a influencias externas y ajenas, sino que han sido ellas mismas quienes han decidido adoptar una u otra forma de involucrarse en los mercados según sus conocimientos, experiencia de vida y habilidades ante las opciones de su entorno social.

Uno de los efectos positivos en la condición femenina de esta población es la formación de grupos organizados para la producción y comercialización de artesanías. Desde los años sesenta se inició este proceso promovido por instancias gubernamentales, que posteriormente fue retomado por varios organismos no gubernamentales, la mayoría de las cuales trabajan con orientación de cooperativismo y feminismo. Durante los años noventa este proceso fue catalizado por el movimiento indígena zapatista, que dio un cariz político más visible a varias de las organizaciones antes calificadas como *productivas*. Esta situación organizativa y política ha sido documentada por estudiosas del tema a lo largo del territorio nacional (Ramos, 2007; Hernández y Suárez, 2008; Espinosa, 2009; González, 2014; Canabal y Ochoa, 2014; Zapata y Suárez, 2007).

González y Canabal concluyen que la asociación femenina rural actual reproduce por un

lado prácticas de género que revelan aspectos de la dominación masculina acostumbrada, tales como el permiso que las mujeres deben pedir a sus maridos para ir a las reuniones, aun cuando las cargas de trabajo doméstico siguen siendo las mismas. La novedad radica en que ellas ya no solo se orientan a objetivos e intereses propios de la familia, como la lucha por la tierra, sino que se dirigen al logro de *derechos como mujeres* y a la búsqueda de una alternativa para su propio desarrollo (González, 2014, p. 39; Canabal y Ochoa, 2014, p. 327).

Sobre el movimiento indígena feminista, se dice que “se trata de un movimiento que pone por delante su identidad y sus reivindicaciones étnicas y culturales y que no solo denuncia la injusticia de clase y la discriminación de que han sido objeto los pueblos indígenas” (Espinosa, 2009, p. 289); Hernández expresa que el movimiento reivindicativo indígena ha significado no solo la lucha por derechos colectivos de los pueblos, sino también por derechos de género particulares (Hernández y Suárez, 2008, p. 103). En este documento propongo que es necesario incluir el análisis en grupos locales considerados comúnmente como conjuntos homogéneos.

Un estudio realizado con trabajadoras textiles encontró que, en las redes informales de trabajo entre familiares y parentescos rituales en la producción y comercialización, las artesanas recrean parte de la lógica económica capitalista (Ramos, 2007). De este modo se conforman mercados de trabajo locales con varios tipos de relaciones de producción: desde dos comadres que pueden ser a la vez patrona y trabajadora hasta los casos en que algunas bordadoras reparten la materia prima entre mujeres de los pueblos vecinos a cambio de un salario.

Las situaciones mencionadas se asemejan en parte a la realidad de las productoras de las regiones Fronteriza y Altos en su inserción en la economía informal. Ellas se organizan en torno a arreglos que implican, como parte de su andamiaje, ciertas formas de cooperación y reciprocidad, que se combinan con principios de colectivismo y de individualismo. Al mismo tiempo, en el mercado se enfrentan a múltiples retos que se resuelven por medio

² Las ciudades de Comitán y San Cristóbal junto a Tuxtla y Tapachula son las ciudades más importantes del estado; la primera, ubicada al oriente de Chiapas en la región Fronteriza y la segunda en la región de Los Altos. Las dos ciudades tienen importantes funciones político-administrativas, siendo además centros comerciales y de abasto de sus zonas. San Cristóbal es uno de los principales centros turísticos de México y ofrece una gran cantidad de bienes y servicios y se integró a los circuitos comerciales regionales y nacionales a finales de la década de los cuarenta con la construcción de la carretera Panamericana.

de prácticas individualistas y que dan por resultado situaciones desventajosas como la persistencia de precios muy bajos. En este sentido, cabe preguntarse si la propuesta organizativa de marca colectiva puede ser considerada como una opción económica de alternativa al capital. O, por el contrario, es otra forma de participar con el capital que al final logra reproducir la pobreza con matices de diferenciación social. Cabe recordar acá lo mencionado por Reygadas *et al.* (2014) cuando se refieren a la posibilidad de alternativas al capital mediante la construcción de fuerzas colectivas organizadas y proyectos económicos alternativos y la importancia de esa mirada hacia lo alternativo y de descubrir cómo y en dónde vuelven a aparecer las configuraciones estructurales que las detienen, como la presencia constante del individualismo, el clientelismo, la concentración del poder, las asimetrías y la estratificación social, entre otras (Reygadas *et al.*, 2014, p. 30).

En este artículo describo y analizo la participación de trabajadoras rurales en los mercados, sus diferentes estrategias para la subsistencia y algunos de los factores que contribuyen y/o obstaculizan la organización colectiva. La diversidad de formas organizativas y laborales que ha creado actualmente la población del campo mexicano conduce a la necesidad de pasar de los grandes datos cuantitativos hacia miradas que logren capturar y analizar realidades microsociales heterogéneas entre regiones y localidades, e incluso entre las mismas familias, dado que la inestabilidad de estas unidades domésticas rurales también obliga a cambios en la organización y distribución del trabajo entre sus miembros en lapsos muy cortos, según las oportunidades en los distintos mercados, el acceso a ellos y las contingencias asociadas.

Los resultados cualitativos que se analizan en el texto son parte de investigaciones realizadas de 2011 a 2013 en varias regiones de Chiapas y en las cuales participaron investigadoras de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, del Colegio de la Frontera Sur y de la Universidad Autónoma de Chiapas. Uno de los objetivos ha sido conocer y analizar la posibilidad de organización de las trabajadoras para lograr una incursión más ventajosa en el mercado, reforzando la solidaridad y la cooperación entre ellas. La metodología diseñada se apoyó en un conjunto de instrumentos cualitativos y cuantitativos. Se realizó una encuesta con las trabajadoras que se aplicó a 125 mujeres

de 25 localidades de Los Altos y Fronteriza. Posteriormente se hizo una selección de siete localidades para entrevistar a 72 productoras, acerca de aspectos de su historia de vida, relaciones de género, percepción y valoración de su propio trabajo y las situaciones problemáticas que enfrentan. La metodologíacualitativa se basó en el método etnográfico, entrevistas guiadas y abiertas y observación participante. Una cuestión metodológica importante fue el componente participativo con las propias mujeres. Se realizaron varios talleres en los cuales se capacitó a mujeres de las regiones y se formaron varios grupos integrados por ellas y por las investigadoras para el trabajo de campo.

Se muestran y discuten aquí algunos elementos y situaciones contradictorias que son muestra de la complejidad y multiplicidad de formas organizativas, de respuestas ante la crisis económica y social, de las creatividades e iniciativas de la población femenina que apela a la historia de sus pueblos y su experiencia de vida en la modernidad del siglo *xxi*. El contenido atiende a la descripción y el análisis de las actividades productivas y mercantiles de grupos de mujeres rurales con el objetivo de conocer las limitaciones, obstáculos y ventajas en relación con: (i) la producción y comercialización de productos agropecuarios y elaboración de alimentos; (ii) los problemas de organización del trabajo desde el género y la clase; (iii) la tensión entre la reciprocidad, la competencia y las ventajas y desventajas que se presentan en las relaciones entre ellas mismas y entre ellas y sus maridos como parte de los factores que permiten u obstaculizan la formación de redes de cooperación para una distribución equitativa de beneficios y una ventajosa comercialización del producto. El texto está formado por tres apartados. El primero muestra la discusión teórico-metodológica que orienta la discusión analítica. El segundo contiene la etnografía y la discusión, y en el tercero se presentan, a manera de conclusiones, los puntos que contribuyen a explicar las consecuencias de las nuevas economías que se reproducen en la ruralidad de México.

Antecedentes teórico-metodológicos

Los hallazgos descritos sobre la heterogeneidad social de trabajadoras rurales nos remiten a la discusión originada desde los años noventa del siglo pasado (Moore, 1996) sobre la necesidad de proponer nuevos análisis de género que incluyeran aspectos de las realida-

des que muy poco o nada se veían en los estudios feministas. Sin embargo, hasta ahora en la primera década del siglo XXI se ha iniciado una revisión y difusión en la academia feminista mexicana de las propuestas analíticas de los llamados *feminismos poscoloniales e interseccionales*. Considero que estos últimos enfoques son necesarios para construir marcos analíticos que permitan explicar las paradojas y crecientes desigualdades y conflictos que surgen hoy entre los grupos de trabajadoras y productoras rurales y que se pueden reconocer en los mecanismos variados a los que ellas recurren en la búsqueda de mayores ventajas en el mercado para la subsistencia familiar.

Esta exclusión analítica de las formas variadas de desigualdad entre las mujeres quizás fue en parte por la influencia predominante del llamado “feminismo hegemónico y occidental” (Mohanty, 2002, p. 90) y que ha llevado, en muchos de los casos, a la militancia y a la academia feminista en México a ignorar estos aspectos de la diversidad social según etnicidad, clase y generación. En la historia de la teoría feminista, un debate muy importante trata sobre el cuestionamiento a la categoría *mujer*. Mouffe señala que esta categoría se ha tomado como una identidad coherente para convertir a *la mujer* en sujeto político; es decir, como una base para el movimiento político feminista que requiere la unidad de las mujeres para lograr objetivos comunes específicamente feministas. Al contrario, Mouffe manifiesta la necesidad de “desconstrucción de las identidades esenciales como una condición necesaria para la comprensión adecuada de la variedad de relaciones sociales y solo cuando descartemos la visión del sujeto como un agente al mismo tiempo racional y transparente para sí mismo, y descartemos también la supuesta unidad y homogeneidad del conjunto de sus posiciones, tendremos posibilidades de teorizar acerca de la multiplicidad de las relaciones de subordinación” (Mouffe, 1999, p. 110).

De acuerdo con el planteamiento anterior se retoma a Alcoff (1989) quien se refiere a la reconstrucción del concepto *mujer* a través de una posición particular, diferente al conjunto de atributos que siempre se ha tomado para definir a la mujer y la identidad femenina. De acuerdo con De Lauretis, afirma que si la subjetividad humana es una propiedad emergente de una experiencia historizada, entonces “la subjetividad femenina está construida aquí y ahora de esta forma sin que esto implique una máxima universalizable sobre *lo femenino*”

(Alcoff, 1989, p. 14-15). Desde esta perspectiva, el concepto *mujer* deviene relacional, reconocido en determinados contextos de interacción y en donde la posición en que se encuentra la mujer es el sitio para reconstruir los posibles significados de feminidad (Alcoff, 1989, p. 10).

Se define la categoría de género como “el elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias entre sexos y es la forma primaria de relaciones significantes de poder. El género conforma la organización social de la diferencia sexual, es una forma de pensar y hacer que atraviesa la conformación de relaciones de poder, dominación y subordinación” (Scott, 1996). Mi posición teórica sobre las relaciones de género, siguiendo las anteriores ideas, es precisamente la de analizar estas relaciones sin la falsa idea de que, por siempre y en toda las sociedades, la mujer es la subordinada y el hombre es siempre el dominador. El género es una postura o construcción establecida en forma no arbitraria por una matriz de hábitos, prácticas y discursos. Se concibe a la mujer como un sujeto con posicionalidad: “el concepto mujer es un término relacional identificable solo dentro de un contexto en constante movimiento”, y la identidad femenina solo se explica en el contexto de elementos que se entretajan como las condiciones económicas, instituciones e ideologías culturales y políticas (Alcoff, 1989, p. 14; Riquer, 1992).

Visto de esta manera, el enfoque de género permite profundizar en el conocimiento de las diferencias entre las mujeres para explicar en forma más amplia los efectos de los procesos económicos globalizados respecto de las respuestas de las mujeres como agentes sociales que se mueven en redes de poder a través de las relaciones inter e intragénero. Así, las mujeres en las variadas interacciones sociales pueden tener distintas posiciones: de autoridad, de subordinación o de equidad (Riquer, 1992). Esta propuesta sobre la posición de las mujeres es particularmente útil no solo cuando se trata de explicar las relaciones entre ellas en ámbitos como la familia y el trabajo y los obstáculos que enfrentan para el despliegue de su capacidad de agencia, sino también cuando se trata de analizar la posibilidad de construir grupos asociativos que trabajen bajo principios de colaboración y distribución equitativa de beneficios.

Desde esta posición relacional y como herramienta que apoya en la explicación de los diferentes ejes de desigualdad, se retoma la

propuesta de Oliveira (2000) que alude a la condición femenina como la noción relacional que contiene un conjunto de aspectos objetivos y subjetivos que explican la situación de desigualdad en que se encuentran las mujeres respecto de los hombres y de otras mujeres. De acuerdo con esta idea se consideran varios ejes de desigualdad tales como la clase, el género, la generación y la posición en el parentesco y en las dimensiones socioestructural y sociosimbólica (Oliveira, 2000, p. 137).

Al mismo tiempo, se considera la valiosa contribución de la economía feminista en torno a la importancia del trabajo doméstico y su papel como satisfactor de las necesidades de cuidados que tienen las personas. De esta manera, consideramos el trabajo doméstico como conjunto de actividades de cuidado que son parte de la economía humana (Villarreal, 2007). La autora refiere cómo desde los estudios de desarrollo y género se ha señalado el hecho de que las mujeres generalmente trabajan en el marco de una economía humana que implica los aspectos socioculturales y familiares de la manutención, de ahí la necesidad de considerar que el capitalismo “habita y se construye” sobre la base de recursos y categorías no solo financieros, sino también sociales y humanos (Villarreal, 2007, p. 17). En muchos de los estudios sobre desarrollo, generalmente se retoman grandes estadísticas e instrumentos de medición que ocultan diferencias sociales y que no toman en cuenta las actividades no remuneradas como el trabajo doméstico, que implica una serie de tareas imprescindibles para que funcione la economía en general. Si bien se acepta que este trabajo es central, en la práctica se sigue relegando.

En este artículo se enfatiza la necesidad que plantea Villarreal desde una perspectiva que contempla el contexto sociocultural de las trabajadoras rurales chiapanecas. Se parte de que en la unidad doméstica rural no existe una separación precisa ni límites cerrados entre el trabajo doméstico y las actividades de producción. Existe también una cierta flexibilidad de la familia³ para adoptar y adecuar algunas labores comúnmente realizadas en una división sexual del trabajo, tales como los trabajos agrícolas y los cuidados de los hijos. La responsabilidad del trabajo agrícola siempre recae sobre el hombre y el trabajo doméstico sobre la mujer, pero esto no significa

que uno u otra no apoyen en ciertas circunstancias en el conjunto de las actividades agrícolas y domésticas. Posiblemente esta mirada esté orientada a los cambios que también se han provocado como respuestas ante la crisis del campo, pero también porque a lo largo del tiempo la familia campesina y rural se ha adaptado a la inestabilidad económica y recrea mecanismos de reorganización del trabajo de manera relativamente constante, según la disponibilidad de mano de obra y de sus recursos. Es preciso aclarar que la flexibilidad a la que me refiero no implica que las cargas de trabajo para hombres y mujeres sean necesariamente equitativas.

Desde la economía feminista, intento también analizar las relaciones que construyen los grupos de trabajadoras rurales chiapanecas en un encuentro con las ideas que propone Amartya Sen sobre la unidad doméstica y lo que denomina “conflictos cooperativos” (Sen, 2000 *in* Benería, 2008), como parte de las herramientas teóricas para el análisis de las relaciones entre las mujeres y sus familias y entre ellas mismas en el espacio laboral y en el mercado. El economista hindú afirma que los miembros de una familia se enfrentan al mismo tiempo a dos tipos de problemas: la cooperación, que aumenta las disponibilidades totales, y el conflicto, que divide las disponibilidades totales entre los miembros de la familia (Sen, 2000 *in* Benería, 2008). Se parte también de su concepción de agencia y desarrollo que asume el desarrollo personal como parte del desarrollo social y, por tanto, la necesidad de crear y aumentar las capacidades que son parte de la libertad y justicia humanas, tales como la educación, el acceso a recursos y, en general, los procesos que posibilitan la libertad de acción y de oportunidades para las personas según sus circunstancias personales y sociales.

Sugiero también que esta flexibilidad en la división del trabajo familiar se deriva de los valores de reciprocidad que han persistido más en algunas sociedades que en otras. Sugiero que en la colaboración entre hombres y mujeres en el trabajo agrícola rige un principio de reciprocidad como lo establece Polanyi: la reciprocidad está basada en formas de intercambio de bienes y servicios que no están regidas por la economía de mercado, sino por grados de afectividad, parentesco, normas de

³ Se han considerado las etapas del ciclo de vida de expansión, fisión y reemplazo según Fortes (*in* Robichaux, 2007).

responsabilidad social e intereses comunes para el logro de un bien común de los agentes que intervienen en este tipo de intercambio (Polanyi, 1968 *in* Adler Lomnitz, 1994).

Sin embargo, si analizamos este principio de reciprocidad que se da actualmente en las familias de las trabajadoras rurales podemos advertir dos elementos que lo complejizan. Por un lado, los conflictos de género, es decir, las mujeres dedican un tiempo considerable para trabajar en los terrenos, mientras para los hombres el trabajo de la casa no es algo que consideren para organizar su vida y sus actividades.

En el caso de las trabajadoras rurales chiapanecas del estudio, la producción solo es posible gracias a una serie de arreglos que ellas organizan y a que necesariamente engarzan labores domésticas con la producción para el mercado. Esta organización también está atravesada por una tensión entre la cooperación y los conflictos surgidos en torno a los diversos intereses y objetivos de las personas que intervienen. En ciertos momentos los intereses particulares deben diferirse para lograr un objetivo común, como sería, por ejemplo, el sostenimiento económico familiar que llega a alterarse por choques entre necesidades, intereses y pugnas por recursos. Si bien la información empírica con la que se cuenta no es suficiente para llegar a niveles analíticos amplios ni a una mayor profundidad respecto del modelo de negociaciones y conflictos cooperativos que propone este autor, consideramos muy útil retomar ciertos elementos del modelo para aproximarnos de manera más precisa a la explicación de algunos aspectos de la realidad estudiada. Por último, se considera a las unidades domésticas como grupos familiares que comparten el espacio de una residencia y la realización de un conjunto de actividades para la reproducción social cotidiana y generacional, y en donde tiene lugar la socialización primaria, el reforzamiento de los significados y motivaciones que sostienen las actividades del grupo. La perspectiva teórico-metodológica reseñada contribuye a explicar las relaciones sociales que sostienen las productoras en los ámbitos familiares y locales y a identificar las limitaciones o ventajas de la capacidad de agencia económica de ellas, tanto en el ámbito doméstico como en el entorno comunitario y regional. Es fundamental, para el análisis general, entender el significado y las consecuencias de estas relaciones en la vida y condición femenina de las productoras y sus efectos en la participación social.

Productoras de la nueva ruralidad chiapaneca: el caso de las mujeres tostaderas y canasteras

En este apartado se describe y analiza parte de los resultados de las investigaciones a través de la descripción etnográfica de las modalidades de producción y comercialización de productoras rurales de las regiones Fronteriza y Altos de Chiapas; se trata de explicar también las distintas relaciones y las prácticas de competencia y de cooperación que se establecen entre las mujeres en su actividad laboral cotidiana, así como de mostrar y explicar algunos cambios en las relaciones de género y la condición femenina que de alguna manera pueden significar el inicio del desmantelamiento de circunstancias de desventaja social frente a los hombres. También se muestra cómo, a pesar de la coyuntura de inestabilidad en que se encuentran muchas de las productoras, ellas han sido capaces de construir y abrir caminos en medio de las limitaciones estructurales que las lanza a competir en mercados locales y regionales a costa de trabajo intensivo, descuido de su salud y tensiones familiares.

En el Censo de Población y Vivienda del 2010 (INEGI) se registra el 51.3 % de población rural en el estado de Chiapas que ocupa también el primer lugar en los índices de marginación en México (Villafuerte, 2013). En 2012, 75 % de la población se reporta en estado de pobreza y 32% en pobreza extrema (CONEVAL, 2013). Los indicadores de bienestar social informan que las mujeres representan mayores porcentajes de analfabetismo que los hombres al tiempo que tienen menores porcentajes en escolaridad, acceso a recursos, participación y percepción económica, entre otros aspectos. Lo anterior se acompaña de un aumento en el número de hogares con jefatura femenina y en una mayor incidencia de violencia en su contra (INEGI, 2006, p. 38), lo que nos habla de que ellas asumen la responsabilidad del sostenimiento económico familiar en situación de desventaja (Díaz *et al.*, 2015). En el campo chiapaneco se presentan graves situaciones. Por una parte, la disminución de la producción agropecuaria de las familias junto al aumento de la dependencia de ingresos en efectivo ha ocasionado una creciente salida de las familias en busca de fuentes de ingreso en los mercados regionales, nacionales y a Estados Unidos. El aumento del desempleo masculino acrecienta la anterior situación, agregando a la

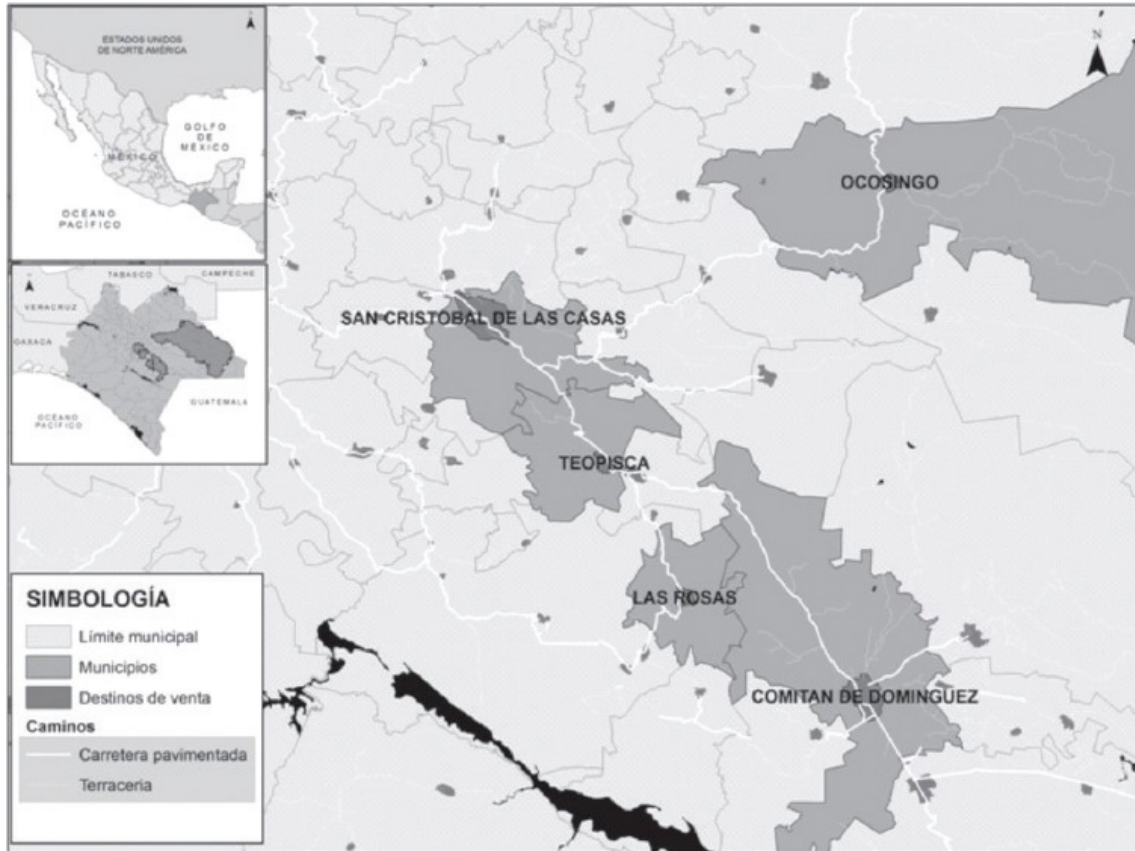


Figura 1. El estado de Chiapas.
Figure 1. Chiapas State.

Fuente: Díaz *et al.* (2015, p. 98).

de por sí inestable economía rural la inseguridad de las remesas. Muchas de las veces, ante la inestabilidad del envío de dinero del esposo migrante, la mujer debe asumir por completo la responsabilidad de la familia en todos los aspectos (Ramos, 2012, p. 6). Existe también una fuerte dependencia de las familias de los apoyos monetarios de los programas asistenciales del gobierno, que, en las circunstancias actuales, considero que ya se podría considerar como un mercado más con intercambios mercantiles ligados a la política institucional.

Otra consecuencia es la creciente incursión, en particular de las mujeres, en los mercados laborales del sector terciario y el llamado *informal* a través de la producción y venta de manufacturas y de productos agropecuarios. En cuanto a los aspectos sociales, la población se enfrenta a un acceso cada vez más limitado a la educación y a la salud. A esto se suma un clima creciente de violencia e inseguridad. La dinámica capitalista de la economía del narcotráfico en nuestro país y la política

gubernamental en torno a esta problemática han creado un ambiente cada vez más extendido de inseguridad y violencia en las diversas regiones. Las anteriores situaciones se pueden ubicar como circunstancias en la vida cotidiana de las familias rurales y consecuencias de la desigualdad social que comparten hombres y mujeres.

La inclusión de las mujeres en el mercado laboral se da en actividades precarias, y la brecha salarial entre hombres y mujeres es desigual (CONEVAL, 2013). Resultados de la región Fronteriza muestran que un 20% de las mujeres dijeron trabajar fuera de su casa, de las cuales 41% manifestó trabajar fuera de casa desde el año 2008. Dentro del conjunto de mujeres encontramos principalmente dos estrategias de producción y comercialización: las *canasteras*, llamadas así por su característica canasta sobre la cabeza, con verduras, flores y diversos productos de maíz, y las *tostaderas*. Las primeras se ubican territorialmente en poblados del municipio de Comitán, en donde to-

avía existe una fuerte práctica de agricultura de maíz, frijol y de siembra de varias especies de verduras. Varias de estas productoras-que se autocalifican como “campesinas”- recurren al máximo aprovechamiento de sus terrenos, pues en tiempo de lluvia siembran una diversidad de verduras para venderlas. Su organización laboral está mediada por los tiempos del trabajo agrícola, además de los quehaceres domésticos, y por el tiempo para salir a los espacios urbanos para vender sus productos. Si la cosecha es buena, el maíz se distribuye entre alimento familiar e insumo para las tostadas. Durante el tiempo de lluvia suspenden el trabajo de la tostada para trabajar en la parcela y salir a vender la verdura que se va cosechando.

Por otro lado se encuentra la modalidad de las *tostaderas urbanas* de la ciudad de Teopisca que no cuentan con terrenos de cultivo y por tanto deben comprar el maíz y la leña necesaria para su producción. En estas dos formas de organización encontramos también una diversidad que se relaciona con la estructura y el ciclo vital de la familia y el acceso a los diversos mercados. Esto, por supuesto, se vincula estrechamente a la proporción de tiempo y esfuerzo que deben dedicar a los quehaceres de la casa y a las actividades de cuidado. En estos dos grupos de productoras existe una situación distintiva en la organización del trabajo como en la asignación y distribución del ingreso entre consumo productivo e improductivo. Esto se debe a la posesión de terreno para cultivo de maíz, hortalizas y flores. Estas diferencias son derivadas también de las distintas temporalidades de vivir en la ciudad que tienen las mujeres. La situación de las que nacieron o llegaron a edades tempranas a residir en Teopisca no es la misma que la de las mujeres que se han trasladado de los poblados rurales hacia la ciudad en tiempos más recientes.

La “tostada” ha pasado de ser un producto de autoconsumo familiar a ser una opción emergente de ingreso monetario desde hace aproximadamente 70 años. Es un conocimiento de madres y suegras a las hijas y nueras. Se acostumbra que las jóvenes aprendan este trabajo cuando se casan, como un oficio que de alguna manera asegura un mínimo ingreso para el alimento familiar. Algunas manifiestan que lo han aprendido porque “su marido ya no consigue trabajo como antes”; es el caso de la señora Irma, de Teopisca –cuyo esposo trabaja como jornalero agrícola–, que nos dice que con el trabajo del esposo no alcanza: “porque mi esposo, hay semanas tiene trabajo, hay

semanas que no tiene, y lo que gana él es 300, 350 pesos, y ya ves'té que hay semanas que no hay trabajo” (Información de campo, 2012).

Las *tostaderas* son mujeres que han ampliado su capacidad de proveedoras no solo de ingresos en especie y de servicios, sino también de dinero. A pesar de que hay diferencias entre las familias en cuanto a la importancia del ingreso monetario por las tostadas, encontramos que el trabajo de las tostadas convierte a las mujeres en garantes del dinero para la comida diaria y otras necesidades básicas. Encontramos familias en donde, si la tostada no se vende o no hay dinero para producirlas, simplemente el consumo de alimentos disminuye drásticamente. Esto nos lo dicen de manera muy significativa mujeres de la región: “Si dejo de hacer la tostada, ¡ay Dios! me afecta, ya no hay dinero pa' que yo coma... Ya no hay dinero pa que yo coma, y no, en cambio así, saco. Si quiero hago 150, 150..., ya tengo mis 300 tostadas” (doña Rosa, Teopisca).

Las señoras pasan gran parte de su vida diaria en la cocina de su vivienda, espacio que cumple las funciones de taller de trabajo, área de convivencia y de cuidados de la familia. Ellas se organizan por día de la semana y por horarios, tomando como referencia los horarios de las actividades de los demás miembros de la familia: el trabajo del hombre en la parcela, el desayuno de los hijos que se van a la escuela, por ejemplo. Intervienen también en estas decisiones las cuestiones técnicas de la producción, como la cantidad de maíz que van a procesar y el estado del tiempo, por ejemplo. Varias de las señoras platicaron su jornada cotidiana: al levantarse –entre 4 y 5 de la mañana– hacen las tortillas y el desayuno para la familia, porque el hombre sale a trabajar a la milpa entre las cinco y seis de la mañana. Siempre la prioridad para ellas es la atención al esposo y a las hijas e hijos. Enseguida realizan limpieza de la casa y aproximadamente a las 11 de la mañana empiezan a hacer tostadas, alternando con la preparación de sus alimentos, y terminan su jornada alrededor de las seis de la tarde. Al mismo tiempo, la cocina es el espacio en el cual pueden cuidar a los hijos pequeños y preparar los alimentos. Como lo platicó doña Josefa, “las mujeres trabajan dando vuelta y vuelta entre la tostada de maíz, mecer al bebé en la hamaca y mirar si todo está en orden, si los frijoles ya están cocidos... y con las tostadas no ganamos mucho... es poquito, como 40 o 50 pesos y cuántas vueltas damos... como 40 vueltas por 10 pesos”.

Existe también una diversidad de arreglos según el tamaño y la estructura familiar, las edades de los hijos, los días de salida al mercado, entre otros aspectos. Si en la familia hay más mujeres, unas ayudan en la cocina y otras en el lavado de la ropa. Si la única mujer de la casa es la tostadera, tiene que organizar sus días de la semana para lavar ropa el día que no haga tostadas. Los factores de salud, técnicos y de costos son motivo de que las mujeres cumplan con una serie de restricciones para movilizarse fuera de la cocina. Esto hace que el trabajo se organice en el día como jornadas completas en la cocina y jornadas completas de limpieza y lavado de ropa.

En los años recientes, por cuestiones de acceso a los mercados y por la falta de terrenos, se ha dado la llegada de familias de poblados rurales ubicados en las proximidades hacia la ciudad de Teopisca⁴. Las mujeres al trasladarse a la ciudad deben cambiar varias situaciones de la producción de tostadas. Algunas compran todo el maíz utilizado en la producción y logran tener un acceso más fácil a la clientela de restaurantes y habitantes de la ciudad. Sin embargo, también pueden pasar a ser las trabajadoras de las tostaderas que iniciaron esta actividad en la ciudad y que tienen pedidos por encargo. Es importante señalar que la trayectoria de vida y de trabajo de estas productoras se caracteriza por circunstancias diversas como las redes de amistades que han favorecido su incursión en el mercado bajo distintas modalidades de producción. Doña Carmela comentó que “una señora la convenció y le compraba para revender”. Recibía tres pesos por el ciento de tostada botanera hasta que decidió salir a vender directamente a San Cristóbal. Al igual que en varias de las productoras de otras regiones del estado, ellas siempre tratan de no caer en este tipo de relaciones laborales disfrazadas muchas veces con prácticas de cooperación entre amistades y parientes.

Se encontró también que se han dado algunos cambios de organización del trabajo familiar que pueden favorecer la mayor participación de los hombres en actividades consideradas como “femeninas”. Concepción nos platicó: “en mi pueblo no era costumbre que los hombres lavaran los trastes de la cocina, por eso la gente decía “son viejas donde están lavando trastes, pero ahora hay hombres que

les gusta ayudar a sus mujeres, a todos mis hermanos les enseñaron a lavar trastes, todo, sí... pero como ahora dicen que ya el mismo derecho que tiene como mujer y hombre...”. Este testimonio habla de que se están presentando algunos inicios de posibles cambios en las prácticas de cooperación dentro de las familias. También confirma que este tipo de familias rurales siempre han tenido mayor flexibilidad para cambiar de actividades, es decir, la división del trabajo puede presentarse distinta en lapsos relativamente cortos. Esta flexibilidad se puede observar tanto en las contingencias de corto plazo como en situaciones de emergencia.

De la misma manera, en la organización del trabajo existe una cooperación entre las mujeres de distintas generaciones de la familia, siempre orientada por las jerarquías. Así, se dan casos en que las nueras que viven en la casa de la suegra apoyan a esta en los quehaceres de la casa, al tiempo que la primera puede transmitir sus conocimientos a la nuera sobre la producción de tostadas. En la mayoría de los casos las mujeres elaboran sus tostadas con sus propios utensilios, aunque compartan la misma cocina-taller. Esto nos muestra una especie de espacio colectivo para la producción individual, pues el producto monetario es para cada trabajadora.

En el caso de las tostaderas mayores que tienen una larga trayectoria de producción y comercialización encontramos que han logrado ampliar su producción y, por sus relaciones con agentes externos y conocimiento del mercado, tienen una comercialización más ventajosa. En estos casos es más frecuente que se den situaciones que parten desde las relaciones de cooperación—por parentesco y amistades— hasta relaciones de patronazgo. Fue posible observar estas formas de patronazgo en el caso de aquellas mujeres que ya tienen una clientela establecida en las ciudades como Teopisca y San Cristóbal y para cubrir la demanda recurren a contratar a otras mujeres para la elaboración de las tostadas. De esta manera, la cocina-taller como espacio de convivencia y de cuidados se convierte por temporadas en un taller de manufactura de alimentos con trabajadoras asalariadas. Este caso es una muestra del paso de la reciprocidad entre la familia hacia una forma de control del trabajo femenino orientado

⁴ El municipio de Teopisca tiene una población aproximada de 41,000 habitantes y está situado a 30 kilómetros al sureste de San Cristóbal de Las Casas. Es un lugar muy visitado por turistas locales y nacionales debido a su especialización en la comida típica de Chiapas.

directamente por la economía de mercado. Estas formas, por tanto, se combinan con principios de colectivismo y de individualismo.

La comercialización: ¿convergencia o competencia entre mujeres?

La comercialización es parte de la vida de las trabajadoras que dividen sus tiempos entre la vivienda y *las vueltas* entre sus poblados y los lugares de venta de la ruta Comitán-Teopisca-San Cristóbal. En este recorrido se puede observar a las *tostaderas* y *canasteras*. Las unas, con sus canastas a la cabeza y en el brazo ofreciendo por las calles su producto, las otras establecidas en puestos en los mercados públicos. Unas más, apresuradas, cargando sus cajas de cartón y subiendo a las camionetas de transporte para entregar a su cliente o para instalarse en los mercados. A pesar de la gran competencia de las tostadas industriales de los supermercados, se aprecian y se ofrecen en los más diversos y heterogéneos establecimientos del servicio de comida. La demanda de mercado se conforma por consumidores locales y regionales y por turistas nacionales e internacionales. Los primeros también son diversos: por un lado están los consumidores directos que tienen este gusto como parte de la cultura alimentaria, y por otro se encuentran los compradores dueños de diversos establecimientos de comida como restaurantes y hoteles, desde los lujosos hasta los más modestos lugares. Las tostadas locales son preferidas como parte de la cultura local y porque son más baratas que las industriales. Por supuesto, también existen factores no instrumentales como la relación creada a través del tiempo por las tostaderas y sus clientes.

Como se ha mencionado antes, las señoras mayores han logrado penetrar más tempranamente al mercado local y regional. Esto les ha permitido crear redes de comercialización; actualmente son consideradas como expertas, y por tanto tienen una clientela establecida en restaurantes de Teopisca y San Cristóbal que les permite atender sólo los pedidos por encargo y por temporadas. *Ser la primera* ha representado una ventaja para varias de ellas. Algunas manifestaron que “lo malo de ser las primeras es que nos toca el pleito con la gente y policías de los mercados para conseguir el lugar” (Doña Martha, trabajo de campo, 2012), lo cual también les ha costado, además de poner en juego sus capacidades y esfuerzos, sortear el acoso y maltrato de las distin-

tas personas que compiten por los espacios físicos del mercado principal de San Cristóbal. Las mujeres se han clasificado entre ellas como las llamadas “libres”, que no tienen puestos fijos, y las tostaderas “establecidas”. Estas últimas frecuentemente manifiestan su desacuerdo y enojo ante la llegada de las primeras a vender cerca de sus puestos. Consideran que su espacio es “invadido” y suelen correrlas. Es importante decir que en los últimos tiempos se han dado procesos de fuerte conflicto entre comerciantes debido a la competencia por los espacios establecidos para venta de productos en varias ciudades del estado, como Comitán y San Cristóbal. Algunas de las tostaderas y canasteras han vivido enfrentamientos con la policía municipal de Comitán.

En torno a la problemática anterior, en algunos poblados las mujeres han creado mecanismos para resolver las dificultades en los lugares de venta. Algunas negocian con las comerciantes establecidas por medio de la donación de tostadas y creando ciertas relaciones de amistad. En este caso puede aplicarse lo que Wolf (1980, p. 30) califica como “amistad instrumental” y que se caracteriza porque cada una de las partes –familias relacionadas por parentesco– actúa como eslabón potencial con otras personas del exterior cuando se da la necesidad de crear mecanismos ventajosos para la inserción en los mercados. En el caso de las tostaderas parece darse un proceso inverso: no hay relación familiar entre la comerciante establecida y la “libre”, sino que se realiza un intercambio de producto por el “derecho de piso”. La amistad emocional va surgiendo después del intercambio mercantil. Pero la característica más importante en este tipo de relaciones es la cuestión de que en este intercambio de bienes y servicios se establece una relación asimétrica en donde la comerciante establecida puede quitar el espacio cuando así le convenga y la vendedora libre debe seguir pagando en especie y someterse a las reglas de venta que la propietaria del puesto dicte. Vemos cómo en este proceso mercantil se van creando los diferentes grupos de tostaderas según los recursos y mecanismos para la venta: *las establecidas*, *las que pagan piso* en el interior del mercado y *las libres*. Las últimas seven obligadas a bajar el precio debido a varias circunstancias: el tamaño de la oferta; su precaria economía que las obliga a acabar su mercancía lo más rápidamente posible por la necesidad de dinero y porque si regresan con cajas sube el precio del pasaje. Al contrario, *las establecidas* y

las que pagan piso pueden almacenar y vender en las temporadas en que disminuye la oferta. En el comportamiento de la oferta influyen factores tales como la temporada de lluvia y, por tanto, de las labores agrícolas. En esta temporada, las tostaderas cuyas familias todavía realizan producción de maíz y las que se dedican al cultivo y venta de hortalizas y flores dedican parte de su tiempo a las actividades agrícolas y por tanto dejan temporalmente de hacer tostadas.

En los últimos años, la oferta de las tostadas ha aumentado por varios factores: el desempleo masculino que ha obligado a las mujeres a buscar opciones de ingreso monetario, el aumento de los servicios turísticos. En la comercialización, encontramos una de las prácticas que muestran claramente la reciprocidad entre las mujeres y que consiste en el acuerdo que han tomado en algunos poblados. Estos acuerdos se hacen generalmente entre mujeres de familias cercanas por el parentesco consanguíneo y/o político y también por amistad. Consiste en una organización *delas salidas a vender*. Han hecho una repartición de los días de la semana para la venta; así, no todas salen a vender todos los días. Han logrado con este arreglo que todas tengan garantizada cierta cantidad de dinero para la semana, la posibilidad de que no haya una baja en el precio por el aumento de la oferta y tener disponible un día más para dedicar a otros asuntos en sus poblados, que generalmente son enfocados al cuidado de la familia.

Las rivalidades y la competencia enlazadas con cierta cooperación y conflictos entre las mujeres nos ofrecen un panorama pesimista acerca de la posible convergencia que oriente hacia la construcción de organizaciones comprometidas en la búsqueda de beneficios colectivos para las tostaderas. Los resultados de esta experiencia muestran nuevamente aspectos que obstaculizan la participación social de las mujeres: aspectos relacionados con las prácticas productivas y comerciales acostumbradas, que representan fuertes obstáculos para abrir caminos hacia formas alternativas de organización colectiva y competir con mayores ventajas en el mercado. El primer obstáculo que las mujeres consideraron para su asistencia constante fue su labor doméstica. Algunas decían que estas reuniones les “hacia perder su día”. Las limitaciones que las tostaderas tuvieron para su participación constante y comprometida en proceso de conformación de la cooperativa se relacionan también con

la condición femenina en cuanto a la desigual participación en la responsabilidad del cuidado de los hijos y el considerado deber de *servir al marido*.

Conclusiones

La incursión de las mujeres rurales en varias regiones de México genera situaciones contradictorias que acá llamo “las paradojas de la pobreza”. Han logrado desarrollar, a través de la intensificación del trabajo, la instrumentación de estrategias variadas para enfrentar las limitaciones estructurales y las contingencias que se presentan a lo largo de su vida cotidiana, pero no han tenido ni grandes ni diversas opciones de acceso a oportunidades que dignifiquen su vida (Nussbaum, 1999 *in* Diaz *et al.*, 2015). Los resultados muestran que las limitaciones económicas y sociales estructurales y diferencias entre los grupos de trabajadoras productoras de alimentos de Chiapas, como la pertenencia a distintas generaciones, acceso a recursos familiares, accesos distintos a los espacios de venta, distintas experiencias de vida y distintas posiciones como mujeres en las relaciones de género, han generado varias consecuencias y desigualdades sociales tales como la apertura de mercados de trabajo locales en donde se conforman relaciones de control laboral de unas mujeres sobre otras; unas deben trabajar para generar un mínimo ingreso para la sobrevivencia familiar, mientras otras producen, acaparan producto y pagan a trabajadoras, creando con ello relaciones asimétricas que siguen el camino abierto por la lógica del mercado y del individualismo. Por otro lado, las limitantes sociales a las que se enfrenta la población han resultado en una persistencia de la agricultura en mínima escala en varias regiones de Chiapas, con el recurso tierra cada vez más escaso. En caso de estudio presente, esto ha reforzado el apoyo mutuo entre hombres y mujeres en una producción de maíz con la producción de tostadas.

En este trabajo se intentó mostrar que las mujeres tienen la capacidad de ejercer poder y agencia en las diversas relaciones que se conforman en la producción y ventas. Algunas de ellas, como las *tostaderas* mayores, han logrado cambiar su posición social y económica a través del despliegue de sus recursos. Su historia de vida y su contexto social y económico les ha permitido incursionar en esta actividad en la cual han pasado de ser solo productoras a ser *patronas* de otras mujeres de

sus mismos poblados. Este proceso muestra también cómo una forma de articulación de lógicas económicas distintas en determinados contextos histórico-culturales da por resultado aparentes contradicciones que finalmente apoyan una redistribución asimétrica de beneficios del trabajo femenino y una reproducción de la pobreza.

Los testimonios de las productoras dejan concluir que su responsabilidad mayor en las labores domésticas es una limitante de género sobre la capacidad de agencia de las productoras de tostadas en torno a una participación social más amplia dentro y fuera de su poblado. También es necesario mencionar que al mismo tiempo se tienen situaciones de negociación entre la pareja que hablan de ciertos cambios en las formas de cooperación habitual de los hombres en el trabajo de las mujeres, como en los casos en que ellos realizan ciertas labores en la producción de tostadas, así como algunos de los quehaceres de la casa. Si bien no es algo frecuente, sí puede sugerirse que son formas de cooperación que posibilitan una apertura para la más justa distribución del trabajo familiar entre los hombres y las mujeres. Con esta situación se crea otra paradoja que es creada por el entrecruce de los distintos ejes de la desigualdad social: cambios positivos en las relaciones intergénero y cambios desventajosos en las relaciones intragénero.

En muchos de los casos, las mujeres han logrado la crianza y educación de sus hijos y en contados casos la posibilidad de incrementar el patrimonio familiar; sin embargo, en todos los casos, en algún momento de su vida ha sido a costa de una intensificación de su carga de trabajo y del sufrimiento emocional que conlleva la responsabilidad de mantener a la descendencia en un marco de creciente inestabilidad económica, de cada vez menor solidaridad social y muchas de las veces con el abandono por parte del hombre en el cumplimiento compartido de tales obligaciones familiares. Ellas no han tenido ni grandes y variadas opciones ni acceso a oportunidades que proporcionen bienestar y desarrollo personal y sí, en cambio, en muchas de ellas ha provocado problemas fuertes de salud. Se concluye que, desde la perspectiva de la economía de género, estos grupos de trabajadoras no han tenido suficientes espacios y capacidades para un desarrollo personal y social que les permita una vida digna y la oportunidad de ejercer su derecho a una participación política, tanto en su pueblo como en su región y país.

Otra cuestión que se encontró como obstáculo para la organización es la participación de las mujeres en los programas gubernamentales. Estos programas han provocado la pérdida de interés en otro tipo de asociaciones, pues, ante la pobreza generalizada de las familias, las mujeres prefieren asistir a las reuniones que convocan estos programas, dado que allí reciben dinero a corto plazo, que dedicar más tiempo a otro tipo de opciones organizativas. De esta manera, los programas logran apagar las mínimas motivaciones que puedan surgir por otro tipo de intervenciones para la organización colectiva (Ramos, 2012; Díaz *et al.*, 2015).

La pobreza como centro del encuentro de las costumbres y formas organizativas de las trabajadoras rurales de Chiapas junto a las nuevas costumbres y formas ligadas al individualismo capitalista y a la economía mercantil ha creado otra paradoja: las mujeres más pobres son las que tienen mayores limitantes y menos motivaciones para construir opciones distintas de organización del trabajo y de comercialización de sus productos. Lo anterior plantea retos no imposibles de superar si la intervención feminista para el desarrollo amplía sus esfuerzos y creatividad para crear y proponer mecanismos que retomen las pautas culturales de solidaridad y reciprocidad recreadas para actuar como formas emancipadoras del capital.

Referencias

- ADLER-LOMNITZ, L. 2012. *Redes sociales, cultura y poder: Ensayo de Antropología Latinoamericana*. México, FLACSO México, 374 p.
- ALCOFF, L. 1989. Feminismo, cultural versus postestructuralismo: la crisis de la identidad en la teoría feminista. *Feminaria*, 2(4):1-18.
- APPENDINI, K. 2007. Las estrategias ocupacionales de los hogares rurales ante la recesión de la agricultura: tres estudios de caso en el centro de México. In: P. ARIAS; O. WOO (coord.), *¿Ciudad o campo? Nuevos espacios y formas de vida*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, p. 21-43.
- ARIAS, P. 1992. *Nueva rusticidad mexicana*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 311 p.
- BENERÍA, L. 2008. De la armonía a los conflictos cooperativos: La contribución de Amartya Sen a la teoría de la unidad doméstica. *Araucaria*, 10(20):15-34.
- CHANT, S.; PEDWELL, C. 2008. *Las mujeres, el género y la economía informal: evaluación de los estudios de la OIT y orientaciones sobre el trabajo futuro*. Londres, Escuela de Ciencias Económicas de Londres, 56 p.

- CANABAL, B.; OCHOA, K. 2014. ¿Por qué y para qué organizarnos? Coordinación entre mujeres indígenas en el estado de Guerrero. In: I. VIZCARRA (comp.), *La feminización del campo mexicano en el siglo XXI: Localismos, transnacionalismos y protagonismos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p.309-329.
- CAROSIO, A. 2014. La lógica del cuidado como base del "buen vivir". In: A. GIRON(coord.), *Del "vivir bien" al "buen vivir" entre la economía feminista, la filantropía y la migración: hacia la búsqueda de alternativas*. México, Universidad Nacional Autónoma, Centro de Investigaciones Económicas, p. 23-35.
- CONEVAL. 2013. Tendencias económicas y sociales de corto plazo: México 2013. Disponible en: www.coneval.gob.mx/Informes/ITLP/CUARTO%20TRIMESTRE%202012TLP%20NACIONAL%20feb%202013.pdf. Acceso el: 02/06/2014.
- DEERE, D. 2006. La feminización de la agricultura? Asalariadas, campesinas y reestructuración económica en la América Latina rural. *ALASRU: Análisis Latinoamericano del Medio Rural*, 4:77-136.
- ESPINOSA, G. 2009. *Diversidad de rutas y cruce de caminos: Cuatro vertientes del feminismo en México*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 314 p.
- DIAZ, B.; OCHOA, P.; RAMOS, T.; CANCINO, S. 2015. *Trabajo, mercado y género: Mujeres chiapanecas productoras de tostadas de maíz*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, El Colegio de la Frontera Sur, Universidad Autónoma de Chiapas/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 143 p.
- GONZALEZ DE LA ROCHA, M. 2012. Pobreza, cambio familiar y política social en México: una perspectiva diacrónica. In: M. GONZALEZ DE LA ROCHA (coord.), *Pobreza, transferencias condicionadas y sociedad*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, p. 51-98.
- GONZALEZ, S. 2014. La feminización del campo mexicano y las relaciones de género: un panorama de investigaciones recientes. In: I. VIZCARRA (com.), *La feminización del campo mexicano en el siglo XXI. Localismos, transnacionalismos y protagonismos*. México, Universidad Autónoma del Estado de México, p. 27-45.
- HERNANDEZ, A.; SUAREZ, L. 2008 Introducción. In: L. SUAREZ; A. HERNANDEZ (ed.), *Descolonizando el feminismo: Teorías y prácticas desde los márgenes*. Madrid, Universitat de Valencia, p. 11-20.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA Y GEOGRAFIA, 2006. Panorama de violencia contra las mujeres. México, 83 p.
- KAY, C. 2009. Estudios rurales en América Latina en la época de la globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? *Revista Mexicana de Sociología*, 71(4):607-645.
- MOHANTY, T. 2002. Encuentros feministas: situar la política de la experiencia. In: M. BARRET; A. PHILLIPS (comp.), *Desestabilizar la teoría: Debates feministas contemporáneos*. México, Programa Universitario de Estudios de Género. Universidad Nacional Autónoma de México, p. 89-106.
- MOORE, H. 1996. *Antropología y feminismo*. Madrid, Universitat de Valencia, 399 p.
- MOUFFE, C. 1999. *El retorno de lo político: Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona, Paidós, 209 p.
- OLIVEIRA, O. 2000. Transformaciones socioeconómicas, familia y condición femenina. In: V. SALLES; M. DE PAZ, *Familia, Género y pobreza*. México, El Colegio de México, p.135-165.
- RAMOS, T. 2012. *Entre la milpa, el trabajo, los programas gubernamentales y el mercado: Mujeres marginales de Chiapas: situación, condición y participación*. Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 108 p.
- RAMOS, T. 2007. *Relaciones sociales entre artesanas textiles de Aguacatenango Chiapas*. Ciudad de México, México. Tesis de doctorado. Universidad Autónoma Metropolitana. Iztapalapa, 241 p.
- REYGADAS, L.; POZZIO, M.; GRACIA, A.; LOPEZ, A.; RAMOS T. 2014. *Economías Alternativas: Utopías, desencantos y procesos emergentes*. México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, Juan Pablos Editor, 358 p.
- RIQUER, F. 1992. La identidad femenina en la frontera entre la conciencia y la interacción social. In: M. TARRES, *La voluntad de ser: Mujeres de los noventa*. México. El Colegio de México, p. 51-64.
- ROBICHAUX, D. 2007. Sistemas familiares en culturas subalternas de América Latina: otra propuesta conceptual y un bosquejo preliminar. In: D. ROBICHAUX (comp.), *Familia y diversidad en América Latina: Estudios de caso*. Buenos Aires, CLACSO, p. 27-75.
- RUBIO, B. 2009. *El impacto de la crisis alimentaria en las mujeres rurales de bajos ingresos en México 2008-2009*. México, Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales, 112 p.
- SCOTT, J. 1996. El género: una categoría útil para el análisis histórico. In: M. LAMAS, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México, PUEG-UNAM, p. 265-302.
- VILLAFUERTE, D. 2013. Desarrollo y migración: una reflexión sobre el campo chiapaneco. In: CONABIO, *La biodiversidad en Chiapas: Estudio de Estado*. Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad. Tuxtla Gutiérrez, Estado de Chiapas, p. 89-95.
- VILLARREAL, M. 2007. La economía desde una perspectiva de género: de omisiones, inexactitudes y preguntas sin responder en el análisis de la pobreza. *Revista de Estudios de Género La Ventana*, 25:7-42.
- WOLF, E. 1980. Relaciones de parentesco, de amistad y compadrazgo en las sociedades complejas. In: M. BANTON (comp.), *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid, Alianza Editorial, p.19-39.
- ZAPATA, E.; SUAREZ, B. 2007. Las artesanas, sus quehaceres en la organización y en trabajo. *Ra Ximhal*, 3:591-620.

Submetido: 03/06/2015

Aceito: 16/09/2016